

ALFONSO ROSADO AVILA

Entre los fundadores del Bloque de Obreros Intelectuales, que acudieron al llamado del doctor Margarito Solís en 1922, uno de los más estimados era Alfonso Rosado Avila, periodista yucateco y literato de amplia y sólida cultura. Rosado Avila, con el sonorese Corona Rojas, fundó el Diario del Aire, apoyado en la Agencia ANTA. Durante 21 años, a las ocho en punto de la mañana, las hon-das sonoras difundían un periódico ameno, útil y oportuno. Mu-chos lo oían al rasurarse, otros cuando tomaban el café.

Un día de tantos, sin saber lo que el Diario del Aire significaba, un ministro lo suprimió con una orden tonante, inapelable...

Y Rosado Avila se murió de pena.

He de referirme ahora a uno de los fundadores del Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa y también del Bloque de Obre-ros Intelectuales de México, sociedad que principió sus labores en 1922 gracias a la iniciativa del doctor Margarito Solís, poeta y bohe-mio de la época, popular en el barrio de Loreto. Con el doctor Solís sesionaban en los albores del bloque muchos escritores desapareci-dos ya y uno que otro todavía en circulación. Digamos nombres: Aristeo Martínez de Aguilar, Clemente Islas Allende, Adonay No-velo, Miguel D. Martínez Rendón, Gilberto Ruvalcaba, Antonio Gil Pihaloup, doctor Carlos León (venezolano) y Alfonso Rosado Avila. Precisamente sobre el último voy a tratar.

Como su nombre lo indica, Rosado Avila vino de Yucatán. Nació en una ciudad de la península, cercana al mar. Fue un provinciano toda la vida, a pesar de que casi siempre habitó en la gran metró-poli. Pudo haber dicho lo que el sinaloense Estrada Rousseau ex-presó orgullosamente en un inspirado soneto:

*No puede conquistarme la febril Babilonia...
me atormenta el recuerdo del nativo solar...*

Desde muy joven se inició en el periodismo. Dejó la Preparatoria para emborronar sus primeras cuartillas. De esa manera siguió los impulsos de su vocación. La blanca Mérida conoció su iniciación literaria. Cuando vino a la capital, tenía ya un nombre. Aquí robusteció sus impulsos de periodista y pudo adquirir la madurez en la difícil tarea de ser un reportero capaz y demostró tener aptitudes y conocimientos para ser un buen jefe de redacción. Llegó a dirigir revistas y diarios de importancia. El último que tuvo a su cargo fue el *Diario del Aire*.

Rosado Avila fue un hombre de trabajo. Laboraba incesantemente. Fue el creador del primer periódico transmitido por radio y en el medio intelectual pudo ser crítico y ensayista. Seguramente que también fue poeta; pero en sus últimos años sólo cultivó la prosa literaria y la prosa de la vida. De un discurso que pronunció sobre el general Jesús M. Garza, que también fue fundador del BOI, tomo los siguientes párrafos:

“Si, como afirma el maestro, *honrar honra*, pongamos toda la limpidez de nuestra sentimentalidad, toda la cristalina emotividad de que seamos capaces, en este momento en que honramos la memoria de un hombre que fuera ápice de merecimientos, síntesis de virtudes, antena dispensadora y dispersadora de inquietudes”.

“... Jesús M. Garza, caballero de blanco penacho lírico, soldado soñador bajo las luminarias celestes en los campamentos guerreros...”

“Jesús M. Garza, cadete en el Cuartel de la Gloria, teniente bisoño, borracho de ensueño, ¿quién no te recuerda, hecho ya general, negándote a disparar contra el pueblo amotinado que pide agua agua, ante este que fuera, en aquel entonces, Palacio Municipal?”

*

* *

Tierra de poetas y trovadores es Yucatán, que a fines del siglo pasado nos dio a Peón Contreras y en el actual a portaliras como Mediz Bolio y Rosado Vega, y a trovadores musicales como Guty Cárdenas, Palmerín. Al grupo Zamná, en que figuran hombres de letras como Sosa Ferreyro, Tommasi López, Esquivel Pren y López Méndez, perteneció Alfonso Rosado Avila. Los hombres del Zamná han publicado interesantes libros, como para formar una pequeña biblioteca en homenaje y honra de Yucatán.

Rosado Avila fundó el *Diario del Aire* en compañía del escritor sonoreense Benigno Corona Rojas y durante veintiún años fue escuchada su voz por uno de los canales de radio más populares de México. Casi sin interrupción, Alfonso había pasado sus mensajes por el micrófono más de quince mil veces. Los servicios que prestaba *Diario del Aire* al país eran evidentes y se apreciaban sobre todo por los hombres de negocios, que en ocasiones no tienen tiempo para leer la prensa diaria. El periódico aéreo lo escuchaban en la cama, o en el baño o al desayunar. Sin embargo, esta fuente de trabajo tan útil fue suprimida de una plumada. Se le cortó sin piedad el subsidio que recibía en pago de sus servicios, por una dependencia semioficial. Esa fue la catástrofe de Rosado Avila e indirectamente la causa de su muerte.

Un hombre que con mil sacrificios y privaciones había llegado a tener una empresa que era toda su vida, porque a ella dedicaba su esfuerzo cotidiano, sin escatimar horas ni minutos para que nunca faltase el *Diario*, porque era institución creada con tesón, requería vigilancia constante, y obligaba al director y redactores a estar listos desde las cinco de la mañana. De un solo golpe se vino abajo todo aquello, cuando alguien dio una orden terminante, sin saber lo que hacía. El mazazo recibido por Rosado Avila fue terrible. Lo vimos desfallecer y, aunque él lo ocultaba y aparentemente no perdía las esperanzas de volver a estar en el aire, se advertían sus sufrimientos y las hondas preocupaciones que la gran injusticia habían producido en su ánimo.

*

* *

En la noche fatal, una de agosto de 1961, Alfonso salió de su despacho más abrumado que nunca. Iba a tomar un camión para Tacuba, donde tenía su domicilio. Con la cabeza al suelo, sin ver ni oír nada, bajó de la acera para atravesar la calle del Puente de Alvarado, cerca de la plaza de San Fernando. Un camión de pasajeros, sembrador de la muerte, lo impidió de súbito. Sin tiempo para esquivar la embestida, Rosado Avila cayó violentamente sobre el pavimento y quedó sin sentido. Una clavícula estaba rota, una pierna herida y amoratada y tenía sobre todo, una contusión en la frente que casi le producía la salida de un ojo. Con todos esos padecimientos se lo llevó la Cruz Roja, cuando él, en un último gesto de nobleza, perdonó por escrito al chofer. En la Cruz Roja no lo

trataron bien. Después, con la generosa intervención de su amigo el general Gomar Suástegui —director del Colegio Militar— en la misma noche de la tragedia Rosado Avila fue llevado al Hospital Central Militar, donde fue tratado con interés y se le guardaron atenciones, recordando que Alfonso había sido, en su juventud, adscrito al Estado Mayor del general Salvador Alvarado y director de una revista de temas castrenses. Otro militar que ayudó a nuestro amigo fue el caballeroso general Tomás Sánchez Hernández.

Así cayó este luchador infatigable, quien no tuvo otra preocupación que la de ser útil a sus semejantes y trabajar intensamente por el bienestar de su familia. Fue un hombre bueno y noble. Era la personificación de la bonhomía. Tenía alma de poeta, un corazón grande y una mente sana, limpia, de la que no brotaron sino pensamientos puros.